

LA DOCENA TRÁGICA DE 1840

Miguel A. SANCHEZ LAMEGO
Academia Nacional de Historia

LA MADRUGADA DEL MIÉRCOLES 15 de julio de 1840, buena parte de la tropa del 5º y 11º regimientos de infantería, que se alojaban en el Convento de San Hipólito (edificio acolado a la iglesia que en la actualidad lleva aún el mismo nombre), encabezada por el general de brigada José Urrea, furibundo "federalista", se pronunció en contra del gobierno "centralista" que presidía el general de división Anastasio Bustamante, y operando con rapidez y sigilo, sin disparar un solo cartucho, logró apoderarse del Palacio Nacional, manteniendo el Primer Mandatario recluido en sus habitaciones en calidad de "prisionero". Igual suerte corrió el general de división Vicente Filisola cuando, más avanzada la mañana, se presentó en Palacio para desempeñar sus funciones burocráticas.

Por su parte, las tropas de la misma guarnición de México que no quisieron secundar el movimiento subversivo, por órdenes del general de división Gabriel Valencia, jefe de la Plana Mayor del Ejército, se concentraron en el edificio de la Ciudadela, donde además se encontraba el general de brigada Juan N. Almonte, ministro de la Guerra del gabinete del general Bustamante. Una vez reunidos más de 400 hombres de los piquetes de las diferentes corporaciones que estaban en la capital, el general Valencia dispuso la marcha de una columna, compuesta de unos 200 hombres, con objeto de recuperar el Palacio Nacional y libertar al presidente.

Como los rebeldes, iniciaron también un avance hacia la Ciudadela para ampliar su radio de acción. Las fuerzas adversarias se encontraron, trabándose reñido combate en las calles de la ciudad, y como tanto gobiernistas y rebeldes se dedicaron a levantar algunas trincheras, así como tomar posesión de los edificios de más solidez, como iglesias y conventos, la lucha hubo de prolongarse por largos doce días, al final de los cuales pudo restablecerse la paz, después que se hubieron sometido los pronunciados.

Ahora bien ¿cuál fue la actuación de los jóvenes alumnos del Colegio Militar durante el desarrollo de los sucesos que

acaban de narrarse? Paso a detallarla en seguida, pero antes me permito hacer las aclaraciones siguientes:

1ª El Colegio Militar ocupaba en esos días el edificio conocido con el nombre de "Las Arrecogidas", sito en la casa número 2 del Callejón de San Lucas que entonces se llamaba calle de San Lucas.

2ª El mando directo del plantel lo tenía por esos días el coronel graduado, teniente coronel de ingenieros José Mariano Monterde, subdirector del Colegio, en ausencia del director en propiedad, coronel de ingenieros Pedro García Conde, quien a la sazón desempeñaba la jefatura del Cuerpo de Ingenieros del Ejército.

3ª Finalmente, el día de la sublevación, el personal de alumnos existente en el plantel estaba constituido por 10 subtenientes alumnos, 6 sargentos segundos, 12 cabos y 126 alumnos, organizados todos ellos en una Compañía que tenía como oficiales al capitán Emilio Lamberg y al teniente Rafael Castillo, en el concepto de que, según consta en la Lista de Revista de Comisario pasada el día 3 de ese mes de julio de 1840, el personal en cuestión era el siguiente, según el archivo particular del Colegio Militar.

SUBTENIENTES

Severo Castillo
Manuel Gamboa
Juan Espejo
José Sánchez Cordero
Juan Zamora
Rafael Linarte
Jesús Palafox
Juan Bazán
José María Durán
Zeferino Prieto

SARGENTOS SEGUNDOS

Gregorio Manzano
Manuel Jáuregui
Arcadio Labastida
José Lazo
Ignacio Ortega
Manuel Palafox

CABOS

Ramón Manero
José María Montoya
José González Inclán
Ramón Agea
Joaquín Victoria
Pedro Arruti
José Antonio Ferriz
Felipe Chacón
Juan del Corral
Fermín Pacheco
Bernardo Miramón
Jesús Malo

ALUMNOS

Manuel Peinado
Francisco Velázquez
Zeferino Martínez
Higinio Ríos

ALUMNOS

Ignacio Sartorio
 Ismael Piña
 Joaquín Argaiiz
 Luis Izaguirre
 José Cisneros
 Rafael Moinelo
 Eduardo Díaz de Vivar
 Francisco de P. Heras
 Pablo Cisneros
 Liberato Murguía
 Antonio Zincúnegui
 José del Castillo
 Manuel Alemán
 Juan Díaz
 Juan Agea
 Gregorio Callejo
 Joaquín Colombres
 Manuel Stávali
 Juan B. Espejo
 Francisco Torrens
 Mariano González
 José Moctezuma
 Manuel Morel
 Manuel Echevarría
 Pablo Correa
 José María Pensado
 Jacobo Carrera
 Manuel Aljovín
 Eugenio Paredes
 Manuel Valdiviezo
 Antonio Grosso
 José de la Cuesta
 Ángel González
 Francisco Javier Ricoy
 Enrique Unda
 Luis Montero
 Antonio Oviedo
 Mariano Espinosa
 Carlos Palafox
 Francisco Palafox
 Jesús Lozano
 Ángel Cancino
 José Espino

Vicente Sartorio
 Ignacio Méndez
 Félix Galindo
 José María Bonilla
 Manuel Jiménez
 Luis G. Osollo
 Sebastián Muñoz
 Antonio Castañares
 Agustín Velazco
 Juan Servín
 José María Malagón
 Genaro Noris
 Manuel Piélago
 Juan Berrones
 Manuel Torrescano
 Juan Rico
 Joaquín Tena
 Felipe Salazar
 Rafael Díaz
 Lino Lobato
 Agustín Vega
 Manuel Barrera
 Salvador Sánchez Hidalgo
 Vicente Ramírez
 Juan Fonsela
 Joaquín Zepeda
 Joaquín Santibáñez
 Mariano Fernández
 Francisco Jiménez
 Basilio Garrido
 Luis Veraza
 Manton Skimmer
 Gregorio Arozamena
 Vicente González
 Juan Cardona
 Agustín Arellano
 Francisco León
 Juan Olloqui
 José Miguel Alcocer
 Ignacio Piña
 Alvaro Muñoz
 Narciso Sandoval
 Guillermo Thompson

ALUMNOS

Manuel Sánchez Cordero	Sixto Durán
Joaquín Vallejo	Ricardo Toscano
Próspero Alcalde	Felipe Suárez
Francisco Pacheco	Nicolás Solache
Francisco Portillo	José María Barridón
Severo Pérez de León	Manuel Berna
Félix Carrera	Juan Berna
Hilario Pérez de León	Luis Portillo
Onofre Antonio Landa	Bruno Castillo
Vicente Gorostiza	José María Duarte
Domingo Ugarte	Eduardo Paredes
Luis Grosso	Miguel García Muro
Isidro Chavero	Ángel Correa
Adrián Pratz	Juan Constant
Sabino Moreno	Tiburcio González
Vicente Piélago	Domingo Reyes
José María Carmona	Ignacio Olloqui
Lauro Ordóñez	

Pues bien; el día en cuestión, es decir, el ya mencionado 15 de julio de 1840, después que se pasó la consabida lista de "diana", el teniente coronel Monterde tuvo conocimiento de la sublevación ocurrida en aquella madrugada, así como de la prisión del general Bustamante; y no queriendo secundar aquel bochornoso levantamiento, decidió permanecer en su cuartel hasta saber a qué atenerse en relación con las demás tropas de la guarnición, aprestándose mientras tanto para repeler una posible agresión de los rebeldes. Serían como las diez de la mañana cuando el capitán de ingenieros Ignacio Iniestra le informó más ampliamente de todo lo acontecido y, además, le hizo saber que las tropas leales se estaban reuniendo en la Ciudadela, bajo el mando del general Valencia.

En vista de estos informes, el teniente coronel Monterde se dispuso a marchar para la Ciudadela con todo el personal a sus órdenes, compuesto, no sólo por los alumnos y oficiales de Compañía antes citado, sino también por algunos profesores del plantel, como el teniente coronel de ingenieros José María Salinas, el capitán Joaquín Fuero y otros más.

Precisamente cuando se iba a iniciar el desplazamiento, se presentó una fuerza del 5.º Regimiento de Infantería, al mando del capitán Pedro Navarrete, quien conminó al teniente coronel Monterde a que se uniera al movimiento rebelde;

pero este jefe, lejos de secundar la sublevación, se aprestó a defender el edificio en que estaba, distribuyendo convenientemente la fuerza bajo su mando. Ante esa actitud tan decidida, el capitán Navarrete vio frustrados sus propósitos y, sintiéndose en situación falsa, optó por retirarse con dirección al Palacio Nacional, cuartel general de las fuerzas rebeldes.

Considerando para entonces, que ya tenía libre el camino, el teniente coronel Monterde organizó nuevamente su columna de marcha y a tambor batiente desfiló con dirección a la Ciudadela, siendo objeto de la admiración de muchos civiles que, curiosos, se habían acercado a ver a los jóvenes alumnos que formaban el ya bien prestigiado Colegio Militar. Para aquellos momentos, el coronel García Conde se había ya incorporado al Colegio Militar, siendo este jefe quien dispuso la marcha de todos los alumnos, llevando consigo una pieza ligera de artillería que se encontraba en el plantel y que servía para el aprendizaje de los educandos.

Los pormenores de todo lo sucedido hasta esos momentos los describe perfectamente el referido teniente coronel Monterde en el "parte" que con fecha 30 de ese mismo mes rindió al general Valencia, y tanto por esto como por ser un documento poco conocido me permito copiarlo a continuación. El original forma parte del expediente XI/481.3/1562 del Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional. El oficio citado dice así:

"Dirección del Colegio Militar:

Cumpliendo con lo que previene la orden general de la plaza de 29 del presente, procedo a manifestar a V.E. la parte que ha tenido el Colegio de mi interino cargo con el restablecimiento del orden en los trece días de insurrección contra el Supremo Gobierno, y es como sigue:

Sabedor la mañana del 15 del presente que una parte de la guarnición de esta capital había sorprendido el Excmo. Sr. Presidente de la República, y reducido a prisión en el mismo Palacio, dispuse inmediatamente que todos los alumnos tomasen las armas, destinando al servicio de una pieza de artillería de a cuatro los oficiales alumnos o instruidos en esta arma, mandados por el valiente joven teniente de ingenieros D. Pedro Espejo, montando a los de caballería a las órdenes de su profesor y capitán D. Emilio Lamberg, y poniendo a los de infantería a las del de igual clase D. Joaquín Fuero: en este estado, procedí a tomar todas las medidas con-

ducentes para no ser sorprendido, sino antes bien hacer una vigorosa defensa en caso de ser atacado: mas como el capitán de ingenieros D. Ignacio Iniestra me viniese a dar noticia de que el Excmo. Señor Jefe de la Plana Mayor se hallaba en la Ciudadela reuniendo las fuerzas que debían atacar a los pronunciados, disponiendo mi marcha para aquel punto, se presentó a la vista el capitán del 5º Regimiento de Infantería D. Pedro Navarrete, con tropa armada que situó en la calle Real, pretendiendo ya con ofertas ya con amenazas de parte de su caudillo Urrea, que el Colegio tomase parte en su pronunciamiento. Despreciando las primeras y no temiendo a las segundas, esperé por momentos a llegar a las manos, para lo que mandé colocar cincuenta alumnos en las azoteas del edificio, al mando del teniente coronel de ingenieros D. José María Salinas, quedándome con la pieza y el resto de los alumnos en la puerta para hacer una salida que sin duda me habría dado el triunfo; el resultado de tales amagos, fue, que el enviado se retiró a Palacio sin que yo pudiera saber lo que le obligó a abandonar la empresa y acordando con el señor Director General interino de Ingenieros D. Pedro García Conde, la marcha a la Ciudadela, adonde ya había mandado con anticipación a los ingenieros capitanes Iniestra y Berrospe, y teniente Chavero y Márquez, emprendimos la salida más honrosa que puede darse, con jóvenes cuyo valor no estaba probado, llevando consigo todo el armamento, municiones y la pieza de artillería, marchando con tambor batiente y con el mayor orden, siendo el objeto de la admiración de un numeroso concurso.

La marcha de esta columna comenzaba por una descubierta de alumnos a caballo con lanza en mano, al mando del capitán Lamberg; en seguida treinta alumnos de tiradores en guerrilla, siguiendo a continuación la pieza de artillería con la dotación ya dicha, al mando del teniente Espejo, continuando los alumnos de infantería en columna con su capitán D. Joaquín Fuero a la cabeza; decididos todos a batirse contra los pronunciados en cualquier número que fuesen. De este modo llegó esta respetable columna a la Ciudadela, compuesta de 160 sostenedores legítimos de la independencia y libertad; recibidos con aplausos por el Excmo. Señor ministro de la Guerra y Excmo. Señor General en Jefe, y demás señores generales, jefes y oficiales, tomaron desde luego lugar en la columna que estaba preparada para batir a los sublevados. De manera que la pieza con su misma dotación marchando a la cabeza, fue la primera que rompió el fuego en el encuentro con los pronunciados.

La conducta de estos jóvenes, honor de la milicia mexicana, ha sido bastante pública: la Ciudadela fue puesta a su cuidado en dichos trece días, y una gran parte ocuparon los puestos más avanzados sobre el enemigo, desalojándolos con intrepidez de sus ventajosas posiciones. En todas partes se vieron rasgos de heroicidad y valor, y estos hechos pronostican lo que vendrá a ser con el tiempo el ejército mexicano.

Sensible es que sus ensayos sean en una guerra intestina: mas esto no empañará sus glorias, pues que soldados de la ley, su deber es sostenerla contra el que la ataca.

S.E. el presidente de la República, el general en jefe y todos los que han concurrido a los puestos avanzados en estos días de lucha, han visto batirse a los alumnos, de manera que han acreditado que su pericia no es sólo para lucir en un día de parada, sino para sostener cuando se ofrezca, con su sangre, los caros derechos de la Patria.

La pérdida que ha tenido este establecimiento ha sido la del alumno D. Juan Rico, que murió atravesado el cuerpo de una bala, quedando heridos de gravedad el teniente de ingenieros D. Pedro Espejo, que mandaba la pieza y levemente el subteniente alumno D. Juan Espejo, que servía de quinto artillero de la derecha; siendo igualmente herido de gravedad el cabo de alumnos D. José Antonio Ferríz, el de igual clase D. Jesús Malo, y el alumno D. Antonio Grosso, saliendo contuso de un brazo el capitán Lamberg, quien con el mayor denuedo, así como el capitán Fuero, llenaron de terror a los pronunciados.

Por último, señor general, ese cuerpo de ingenieros, que en el mezquino juicio que algunos se creía inútil, se le ha visto trabajar incansablemente, no ya sólo en la parte de la guerra que le es peculiar, sino en todos sus ramos, por lo que son muy recomendables los capitanes D. Ignacio Iniestra y D. Ignacio Berrospe; los tenientes D. Francisco Chavero y D. José Márquez; el teniente coronel D. José María Salinas y el subteniente D. José Lino Solís, que, unidos al cuerpo de artillería, han aplicado sus conocimientos a la dirección de los proyectiles; concluyendo con decir a V.E. que dicho cuerpo tiene el noble orgullo que la educación de ese Colegio Militar es obra suya; asimismo, que es digno de toda consideración el piquete de zapadores, cuyo comandante D. Francisco Cosío lo ha conducido a la gloria con el valor que le es característico.

Tengo el honor de reiterar a V.S. la protesta de mi particular aprecio.

Dios y Libertad, México, julio 30 de 1840.—José Mariano Monterde (Rúbrica).

Excmo. señor comandante de la Ciudadela, director general de artillería D. José Antonio Mozo.”

Según se asienta en el documento antes copiado, así como en el “Detalle de las Operaciones” enviado al ministro de la Guerra por el general Valencia, los alumnos del Colegio llegaron a la Ciudadela cerca del medio día, y como en esos momentos se estaba organizando la columna que marcharía sobre el Palacio Nacional a tratar de rescatar al presidente de la República, ante la insistencia de los jefes del plantel, así como ante la escasez de tropas de línea, el general Valencia, se vio en la imprescindible necesidad de utilizar los servicios de aquellos imberbes soldados, y para el efecto dispuso:

Que la pieza de artillería de a 4, servida por los subtenientes alumnos Manuel Gamboa, Juan Espejo, José Sánchez, Juan Zamora y Juan Bazán, se pusiera a las órdenes del teniente de ingenieros Pedro Espejo, colocándose a la vanguardia de la columna de ataque;

Que todos los alumnos montados, 32 en total, a las órdenes del capitán Fuero y del teniente Castillo, en unión del piquete del Regimiento de Caballería Ligero del Comercio, formaran la retaguardia de la columna de ataque, llevando consigo dos piezas de artillería, quedando así bajo el mando inmediato del general graduado coronel de caballería Benito Quijano, nombrado comandante de toda la caballería.

Según el “parte” rendido por el capitán Fuero al general Valencia, el día 28 de ese mismo mes de julio, los 32 valientes que estuvieron a las órdenes de aquel oficial fueron (documento s/n del expediente XI/481.3/1562 del Archivo ya citado de la Secretaría de la Defensa Nacional):

SUBTENIENTES	Ramón Agea
	José Antonio Ferríz
Severo Castillo	Juan del Corral
Zeferino Prieto	
	ALUMNOS
SARGENTOS SEGUNDOS	Francisco Velázquez
Gregorio Manzano	Eduardo Díaz de Vivar
Ignacio Ortega	Francisco de P. Heras
	José del Castillo
CABOS	Manuel Morel
	Antonio Grosso
José María Montoya	Ángel González

ALUMNOS

Antonio Oviedo	Juan Rico
Mariano Espinosa	Vicente Ramírez
Carlos Palafox	Luis Veraza
Jesús Lozano	Juan Olloqui
Félix Galindo	Francisco Pacheco
José María Bonilla	Joaquín Vallejo
Manuel Jiménez	Domingo Ugarte
Sebastián Muñoz	

Es de notarse que en la lista proporcionada por el capitán Fuero, además de los individuos antes anotados, aparece el nombre del alumno Mariano Angulo; pero esto debe ser un error, ya que en las listas de Revista de los meses de junio, julio y agosto de ese año de 1840 no apareció ningún alumno de este nombre.

Finalmente, que todos los cadetes restantes, a las órdenes inmediatas del capitán Lamberg, quedaron en guarnición en la Ciudadela, punto militar bajo el mando del general de brigada José Antonio Mozo.

Los subtenientes alumnos, que servían la pieza de artillería a las órdenes del teniente de ingenieros Pedro Espejo, desempeñaron este servicio durante todo el tiempo que duraron los fuegos, es decir, hasta el 26 del mismo mes, estableciendo su pieza en la trinchera que se formó en las calles que hoy se llaman de Uruguay y 2ª del 5 de febrero. Por haber marchado en la vanguardia de la columna de ataque, esta pieza fue la primera que abrió el fuego sobre los rebeldes al chocar con ellos, y como el subteniente alumno Juan Espejo resultó herido, seguramente fue sustituido por el cabo de alumnos Jesús Malo, ya que éste aparece como herido en el "parte" rendido por el teniente coronel Monterde y, en cambio, su nombre no figura en la lista enviada por el capitán Fuero.

En cuanto a los 32 alumnos que formaron parte de la retaguardia de la columna de ataque, también tuvieron ocasión de distinguirse, tomando parte muy activa en las operaciones, como se verá enseguida. En efecto, al ser detenida la columna de ataque en la esquina de las calles llamadas hoy de Uruguay y 5 de febrero, por la tenaz resistencia puesta por los rebeldes, el general Valencia envió dos fracciones de tropa a desbordar por derecha e izquierda la esquina citada, tocándole a los alumnos del Colegio Militar y al piquete del Regimiento Ligero del Comercio proteger el avance de la tro-

pa enviada en la primera de estas direcciones, siguiendo la avenida Uruguay hacia el Oriente.

Así lo ejecutaron, desplazándose, por las calles que hoy se denominan República del Salvador, hasta llegar a la esquina que éstas forman con la hoy avenida Pino Suárez, donde ocuparon la iglesia de Jesús, siendo enviado un grupo de alumnos a situarse en la torre de este edificio, para de ahí dominar a los tiradores adversarios que se encontraban parapetados en las azoteas del Palacio Nacional.

Fue en esa situación donde cayó herido mortalmente el alumno Juan Rico, quien falleció esa misma noche del 15 al 16, según se desprende del texto del "parte" y del "Diario de operaciones" firmados por el general Benito Quijano, cuyos párrafos relativos dicen así (documentos publicados en el *Diario del Gobierno de la República Mexicana*, correspondiente al 12 de agosto de 1840.—Documentos números 8 y 9):

"...El entusiasmo y valor del capitán Fuero, del Colegio Militar, merecen un lugar de atención para mi recomendación, que también extendiendo a los bizarros alumnos que a sus órdenes cubrieron la torre de Jesús el día 15, e hicieron un fuego aterrador sobre el enemigo, sufriendo la pérdida que indica el estado respectivo, y de cuya torre tomó posesión el 16 el mismo Regimiento Ligerero..."

"...Día 16; los fuegos continuaron activamente, y el enemigo, observado desde Jesús, no se ha cubierto de nuestros fuegos en su batería de la plaza; la torre hace sus fuegos de fusil y la caballería ha cubierto dos calles y ha avanzado por su flanco derecho a una partida de observación, y amaneció muerto uno de los alumnos heridos. A las 9 de la mañana se retiró la pieza de cañón situada desde el 15 y la fuerza del Colegio Militar que apoyaba la torre..."

El día 16 por la mañana, los alumnos fueron relevados por tropa del 4º Regimiento de Caballería, pasando con su capitán Fuero y teniente Castillo a ocupar la casa llamada de la "Sociedad Nueva" (casa número 60 de la avenida 16 de Septiembre, donde se encuentra actualmente la ferretería Boker y Cía.), ejecutando diversos avances hacia la Plaza de Armas. Precisamente en el curso de uno de esos avances, estando en la calle de la Palma, fue herido gravemente en una pierna el cabo de alumnos José Antonio Ferríz. Además, ocuparon también una casa de las calles de San José del Real (hoy 2ª de Isabel la Católica), desde donde combatieron duramente con los rebeldes que ocupaban el convento y templo de Santo Domingo.

Esto último se desprende del "parte" rendido al general en jefe, el día 3 de agosto de ese año, por el general graduado José Vicente Miñón (documento publicado en el *Diario del Gobierno de la República*, Documento Núm. 12), cuyo párrafo alusivo es como sigue:

"...En los últimos días se tomó una casa en la esquina de San José del Real, en donde el teniente coronel retirado T. José Atonio Valenzuela, con un subalterno y nueve caballeros alumnos, hostilizó constantemente a los que estaban en Santo Domingo..."

Todo lo que aquí relato se infiere del estudio de las hojas de servicios de algunos alumnos que más tarde llegaron a ser jefes del ejército, como José Antonio Ferríz, Joaquín Colombres, Severo Castillo, etcétera; así como del "parte" firmado por el capitán Fuero ya citado antes, que dice:

"Excmo. Señor:

El capitán comandante de los alumnos del Colegio Militar que suscribe tiene el honor de acompañar a V.E. la lista de los individuos que sirvieron a sus órdenes en los diversos puntos que tuvieron que sostener en defensa del Supremo Gobierno, desde el 15 del presente hasta la fecha, y en donde manifestaron toda la intrepidez de un veterano, arrojando los mayores peligros, como es notorio, y contribuyendo al triunfo de tan justa causa.

Sería inútil pormenorizar los hechos gloriosos de cada uno de estos individuos, de quienes apenas pueden creerse tan brillantes esfuerzos, ya por su corta edad, ya por la falta total de práctica; pero en obsequio de la justicia debo decir a V.E. que todos y cada uno han excedido mis esperanzas, y que el Supremo Gobierno debe esperar mucho de estos jóvenes llenos de honor y delicadeza, cuyo entusiasmo me era forzoso contener para no conducirlos a una muerte inevitable.

Sólo creo de mi deber particularizar al teniente de ingenieros D. Pedro Espejo y al subteniente alumno D. Juan Espejo, que fueron gravemente heridos el día 15 sirviendo una pieza de a cuatro, en cuya fecha sacó tres contusiones el alumno D. Antonio Grosso y fue muerto el de igual clase D. Juan Rico. Igualmente fue herido de gravedad el día 19, sobre el punto de la calle de la Palma, el cabo de alumnos D. José Antonio Ferríz.

El día 22 del presente, deseoso V.E. de dar algún descanso a los alumnos, después que fueron relevados por un piquete del número 6 de infantería, el comportamiento de los

señores oficiales y tropa fue a toda mi satisfacción, hasta el día 25, que por orden de V. E. pasé con un piquete del número 11 de infantería a tomar el portal de mercaderes, dejando al capitán Griz encomendado el punto de la calle de la Palma. Esta empresa, sumamente arriesgada por tener que vencer obstáculos insuperables, por la proximidad del enemigo, me dieron el triunfo que no esperaba: el enemigo, viéndose atacado por un punto que jamás esperó ver amenazado, rompió sus fuegos muy activos, pero al que tuve la satisfacción de ofuscárselos, impidiéndoles el servicio de una pieza que se hallaba detrás de sus parapetos.

En tal difícil empresa tuve la suerte de contar entre 35 hombres, fuerza total que me acompañaba, la pérdida del sargento Esquivel de zapadores, muerto, y herido un cabo.

En cuanto tuve noticia de la capitulación y observé que el enemigo replegaba sus fuerzas a Palacio, bajé, acompañado del subteniente Sosa y ocho hombres, al portal de mercaderes, impidiendo por este movimiento que la leperada no concluyese de saquear las únicas alacenas que pudieran salvarse de las manos de nuestros libertadores. Esperando del celo de V.E. que el elevarlo al supremo Gobierno se sirva interponer su muy particular recomendación.

Con este motivo tengo el honor de tributar a V.E. mi respeto y subordinación.

Dios y Libertad, México, julio 28 de 1840.—Joaquín de Fuero (Rúbrica).

Excmo. señor general en jefe D. Gabriel Valencia.”

Por último, los alumnos que permanecieron en la Ciudadela, durante los doce días que duraron las hostilidades, en ella dieron el servicio de la Guardia en Prevención, cumpliendo con toda exactitud sus deberes, por lo que se hicieron merecedores a la felicitación del general Mozo, comandante del punto, por el celo y eficacia que demostraron.

Tal fue, en síntesis, la actuación de aquellos valerosos jóvenes que por entonces formaban la única Compañía de alumnos que tenía el plantel y éste debe haber sido muy digno de tomarse en cuenta, puesto que el presidente de la República concedió a todos ellos una Cruz de Honor con una inscripción alusiva. El decreto relativo, en la parte que se refiere a esta condecoración, dice así:

“Art. 4º. A los alumnos de todas las clases del Colegio Militar, que han dado a la Patria la más lisonjera esperanza de lo que debe prometerse de sus patrióticos y honrosos sentimientos, se concederá una cruz particular y diferente de la

que trata el artículo 2º, con el lema siguiente: En su niñez salvó la capital de la República, concurriendo a la gloriosa jornada de 15 al 26 de julio de 1840, la que costeará el Gobierno y recibirán los interesados de mano del general en jefe de la Plana Mayor, variando la cinta del modo siguiente: azul a los que cubrieron la Ciudadela y encarnada a los que cubrieron puestos en las líneas de operaciones. . .”

La mañana del domingo 27 de septiembre de 1840, en la Plaza de Armas, y ante numerosa concurrencia, el general Valencia prendió en los pechos de todos aquellos aguiluchos las condecoraciones que con honor se habían ganado, acto único en la vida del Colegio Militar, pues aun cuando en otras ocasiones los alumnos han patentizado su lealtad y buenos servicios a los gobiernos constituidos, sólo entonces se les premió públicamente.

Y para que no se crea que la buena instrucción y disciplina de que dieron prueba en aquellos doce días fue el producto de una situación excepcional, sino que la magnífica instrucción y educación de los alumnos era ya reconocida por los altos jefes del ejército, me permito insertar a continuación, como comprobación de ello, la felicitación enviada, por conducto del ministro de la Guerra a todo el personal del Colegio Militar, por el general de división Antonio López de Santa Anna, presidente interino en aquellos días, el 21 de abril de 1839; es decir, un año antes de los sucesos aquí narrados. El documento en cuestión, publicado el 24 de abril de 1839 en el *Diario del Gobierno de la República*, dice así:

“Ministerio de Guerra y Marina. Sección Cuarta.

El Excmo. señor presidente interino ha quedado muy satisfecho de la instrucción que los alumnos del Colegio Militar han manifestado en su presencia en el día de ayer y me manda que por el conducto de V.E. se den las gracias a los señores director, subdirector y profesores por el empeño con que procuran los adelantos de un establecimiento que hace ya honor al ejército.

Dios y Libertad, abril 22 de 1839.

Excmo. Señor Director General de Ingenieros.

Sin duda alguna, el héroe de aquella trágica jornada fue el alumno Juan Rico, quien encontró la muerte por heridas recibidas en el primer día del combate. El presidente Bustamante, queriendo premiar el comportamiento de este valiente, a propuesta del teniente coronel Monterde decretó una modesta pensión para su abuela, único familiar de Rico.